

Oniria

(Versión libre de una pesadilla)

De Martín Giner

A oscuras se escucha una voz en off:

¿Cómo nace un sueño? Algunos especialistas afirman que surgen como una manifestación de deseos inconscientes que reemplazan la concreción material de estos deseos. Otros refutan esta afirmación diciendo que los sueños son, simplemente, la manifestación azarosa de la actividad cerebral. Yo difiero con ambas afirmaciones porque sé que a los sueños los hacen tres hombrecitos chiquititos que están adentro de nuestras cabezas. (*Las luces se encienden apenas y en penumbras se ve a tres hombres preparando el espacio diligentemente.*)

Algunas personas me han preguntado como llegan estos hombrecitos a la cabeza, la respuesta me parece obvia: se meten por las orejas. Otros me preguntan ¿porque estoy tan seguro de que son tres? Porque la idea de que cuatro hombrecitos diminutos vivan dentro de mi cabeza me parece una locura ridícula y absurda (*Ríe.*) ...Por otro lado, tres, tiene mucho más sentido.

Estos hombrecitos toman recuerdos, imágenes, palabras y arman colages interpretando nuestros deseos más profundos y dándoles forma a las historias que llamamos sueños; a veces estas historias no son todo lo agradables que nos gustaría porque los muy estúpidos suelen confundirlo todo torturándonos con nuestros propios deseos. Debe ser porque sus cerebritos son muy pequeños. Imagínense, el cerebro de un ser humano pesa unos tres kilos con ochocientos gramos, promedio; y si estos hombrecitos son un dieciseisavo de un hombre normal sus cerebros pesarían... pesarían... Sus cerebros son pequeñitos. En fin, me gustaría poder hablar con ellos alguna vez y preguntarles: ¿Que sueña un niño que ve a sus padres pelear todo el tiempo? Pero estoy seguro de que los muy bastarditos se me reirían y responderían: Estúpido, no lo sabrás hasta que el niño despierte. (*Apagón. Se escucha a los tres actores gritar: ¡Mami!*)

PADRE.- (*A oscuras.*) Marta, tu hijo tuvo otra pesadilla.

MADRE.- *(A oscuras.)* Es nuestro hijo, y hoy es tu turno de calmarlo.

PADRE.- *(A oscuras.)* Está bien. ¡Nene! Si no te dormís va a venir un monstruo y te va a comer las piernas. *(El nene grita, la luz se prende y aparecen la madre y el padre. Todas las apariciones de los padres tendrán un corte infantil de carácter extraño, ya sean títeres de sombras, algún tipo de animación o lo que el director considere apropiado. Sugiero que no sean actores.)*

MADRE.- No le hagas caso al estúpido de tu padre. Me parece que el monstruo le comió el cerebro. *(El nene grita.)* No, nene, no hay ningún monstruo.

PADRE.- ¿A no? *(Al nene.)* ¿Y porque pensás que tu tío Osvaldo no tiene las piernas? *(El nene grita.)*

MADRE.- No, mi amor, no se las comió ningún monstruo; se las cortó un tren. *(El nene grita.)* Mirá lo que me hacés decir, estúpido.

PADRE.- Me insultaste delante el nene. Marta, ¿que te dije la última vez que me insultaste?

MADRE.- Bruja frígida.

PADRE.- Después, ¿de que hablamos?

MADRE.- Dijimos que si queremos arreglar las cosas entre nosotros tenemos que dejar de insultarnos. Tenés razón.

PADRE.- *(Saca un frasco muy grande.)* Acá está el frasco de los insultos. *(La madre pone una moneda en el frasco.)* ¿Ves nene como arreglan las cosas los adultos?

MADRE.- Vos no tenés que repetir esas palabras que nosotros nos decimos... ¿Y esto?

Mirá, otra vez le salieron esos sarpullidos en el cuerpo. Es la tercera vez en el mes. ¿No lo ibas a llevar al médico?

PADRE.- Lo llevé con mi primo.

MADRE.- Un médico de verdad, no el atorrante de tu primo.

PADRE.- ¡No empieces con mi familia!

MADRE.- ¡No me hagas empezar con tu familia!

PADRE.- ¡No empieces!

MADRE.- ¡Son todos vagos, atorrantes y nunca pagan nada cuando vienen a comer!

¡Especialmente tu madre!

PADRE.- ¡¿Mi madre?! ¡Pero ingrata de mierda! *(Silencio.)*

MADRE.- Me dijiste una mala palabra.

PADRE.- *(Al nene.)* Vos nunca tenés que decir esas palabras.

MADRE.- El terapeuta nos dijo que teníamos que tener cuidado con las palabras que hieren, especialmente las malas palabras.

PADRE.- Vos te lo buscaste. ¿Que hacés?

MADRE.- Te estoy haciendo un cheque por quinientos pesos para el frasco de los insultos. *(Hace el cheque y lo mete en el frasco. Al nene.)* Vos nunca tenés que repetir lo que vas a escuchar. *(Al padre.)* ¡Idiota, imbécil, carnero, estúpido, pelado, impotente, tarado... *(La voz y la imagen se van perdiendo hasta que desaparecen. En un lugar poco iluminado se ve a un hombre envejecido y muy desarreglado sentado frente a una mesa de madera, mientras escribe en un rollo de papel que cae de la mesa y continúa por todo el lugar. Se escucha a alguien que carraspea.)*

MAXIMILIANO.- ¡Adelante! *(Entran dos hombres. El primero es un emisario de alguien muy importante, según lo que se deduce por su ropa; además lleva puesta una jaula que le encierra la cabeza comenzando a la altura del cuello. Este hombre se maneja con una dignidad casi pedante. El segundo, mas joven que el anterior, está vestido aún con mas lujo y es muy introvertido, no dice una palabra y se mantiene todo el tiempo apretando sus labios.)*

EMISARIO.- Buscamos a Maximiliano el conocedor.

MAXIMILIANO.- Lo han encontrado. Tomen asiento donde gusten... *(No hay donde sentarse. El hombre más joven va a sentarse en el suelo y el emisario lo detiene)* y mis criados les traerán algo de beber. *(Golpea las palmas.)* ¡Criados! Deben estar sedientos por el viaje... ¡¡Criados!! *(Nadie responde.)* ¡¡¿Es que no hay un maldito criado que pueda atenderme en este maldito palacio?!!

EMISARIO.- Señor, estamos en una cueva.

MAXIMILIANO.- Es la costumbre. Antes vivía en un... ¡Maldito!, por supuesto. *(Corre al rollo de papel y anota.)*

EMISARIO.- ¿Puedo continuar? *(Maximiliano le hace una seña.)* He sido enviado por nuestro rey...

MAXIMILIANO.- ¡El rey! Tomen asiento, por favor. *(El joven va a sentarse en el suelo pero el emisario lo detiene)* ¿Cómo se encuentra nuestro rey Enrique?

EMISARIO.- Muerto.

MAXIMILIANO.- Ahá, ¿y es grave?

EMISARIO.- ¿Está seguro de que usted es Maximiliano el conocedor?

MAXIMILIANO.- Por supuesto. Me decía que fue una muerte grave. ¿Que le sucedió?

EMISARIO.- Fue muerto con hachas y garrotes en el jardín del palacio. La versión oficial es que murió de viejo.

MAXIMILIANO.- Pero tenía diecinueve años.

EMISARIO.- Lo sé. Las conspiraciones ya no son lo que eran. En fin, el justo sucesor me ordenó que trajera su hijo el príncipe, para que usted terminara de curarlo. ¿Recuerda al muchacho?

MAXIMILIANO.- Por supuesto que lo recuerdo. El joven Felipe.

EMISARIO.- Luis.

MAXIMILIANO.- Claro, estuvo hace unos días.

EMISARIO.- Meses.

MAXIMILIANO.- Para que le aumentara el tamaño de los senos.

EMISARIO.- ¡Es un muchacho!

MAXIMILIANO.- Eso mismo le dije yo.

EMISARIO.- ¡Imbécil!

MAXIMILIANO.- ¡No voy a permitirle esa falta de respeto! Ya mismo lo hago echar. ¡Criados a mi!... ¡¡Criados!!

EMISARIO.- ¿Está completamente seguro de que usted es Maximiliano el conocedor?

MAXIMILIANO.- Por supuesto. Toda la gente me llama así.

EMISARIO.- ¿Y no será, tal vez, una especie de broma cruel?

MAXIMILIANO.- No se que... un momento ¡Imbécil! (*Anota en el rollo.*) Tiene hasta que lleguen mis criados para explicarme por que está aquí.

EMISARIO.- El joven príncipe sufre de una extraña enfermedad, no puede articular palabra, está completamente mudo.

MAXIMILIANO.- Ya veo.

EMISARIO.- Y eso no es todo. De la noche a la mañana le aparecen palabras en el cuerpo.

MAXIMILIANO.- Ahora lo recuerdo. El joven al que le aparecen palabras en el cuerpo, aparecen perfectamente escritas pero no salen ni con agua o jabón, se transforman en parte de su piel. Algo muy extraño.

EMISARIO.- Así es.

MAXIMILIANO.- Bueno, pero se lo ve mucho mejor luego de mis emplastos... una palabrita en el dorso de la mano, un sustantivo. Eso es bueno.

EMISARIO.- ¿Usted cree?

MAXIMILIANO.- Por supuesto. Si fuera un adjetivo sería peor, y un adverbio de tiempo mucho peor... un par de palabritas en el cuello, artículos. No está tan mal.

EMISARIO.- Luis, por favor. *(Le hace una seña al príncipe y éste se desabrocha la camisa. Su torso está completamente cubierto de frases y palabras sueltas de todas las caligrafías y tamaños.)*

MAXIMILIANO.- Caramba. Veré que puedo hacer.

EMISARIO.- El rey ha decidido casarlo con una princesa extranjera para sellar una alianza, el príncipe debe estar curado para la boda.

MAXIMILIANO.- ¿Cuándo es esta boda?

EMISARIO.- En una semana.

MAXIMILIANO.- Excelente. Me agradan los desafíos.

EMISARIO.- ¿Cuales son sus honorarios?

MAXIMILIANO.- No quiero dinero. A cambio de este favor quiero que le entregue al rey esto. *(Le alcanza todos sus papeles.)*

EMISARIO.- ¿Que es?

MAXIMILIANO.- El trabajo de mi vida. Es la solución a la violencia y a las guerras. Todo empieza con las palabras. Las malas palabras o las palabras malas son las que hacen daño y generan la violencia. Tengo todas esas palabras anotadas aquí, lo único que hay que hacer es matarlas.

EMISARIO.- Una idea soberbia, lo aplaudo. *(El príncipe aplaude muy entusiasmado.)*

Estaba siendo irónico. *(El príncipe deja de aplaudir.)* ¿Y como planea matar todas esas palabras?

MAXIMILIANO.- ¿Que es una lengua muerta? Es un idioma del que nadie pronuncia sus palabras. Quiero aplicar el mismo principio a nuestra lengua, no quiero matarla, sino hacerle una cirugía. Cuando el rey prohíba pronunciar las palabras de esta lista, las palabras que hieren morirán y con ellas la violencia. ¿Cree usted que el rey lo apruebe?

EMISARIO.- Ya está concedido.

MAXIMILIANO.- ¿Perdón?

EMISARIO.- Como el mas eficiente servidor de su majestad tengo la capacidad de conocer sus órdenes aún antes de que las piense. Ya está concedido. Ordenará que todo aquél que diga una palabra de la lista sea entregado al monstruo que come piernas. ¿Le parece bien?

MAXIMILIANO.- Gracias, no se que decir...

EMISARIO.- Nada tiene que decirme a mi. Una cosa más. Tápese los oídos príncipe. *(El joven lo hace.)* Si el joven no presenta mejorías en una semana el rey ordenará su ejecución. *(Le hace señas al príncipe de que puede destaparse los oídos y él lo hace.)*

MAXIMILIANO.- ¿Van a matarlo? *(El príncipe grita.)*

EMISARIO.- *(Al príncipe.)* No a usted. Solo a un cerdo bocón que conozco.

MAXIMILIANO.- *(Vuelve a sus papeles y anota.)* Bocón, si... *(Duda y finalmente anota.)* Cerdo también.

EMISARIO.- ¿Me está prestando atención?

MAXIMILIANO.- No puedo creer que el rey ordenara algo semejante.

EMISARIO.- No lo ha hecho aún, pero lo hará. *(Al príncipe.)* Tápese los oídos nuevamente, por favor. *(El príncipe lo hace.)* Preferirá un hijo muerto a uno que lo avergüence. *(Le hace una seña al príncipe y éste se destapa los oídos.)*

MAXIMILIANO.- ¿Y por eso va a matarlo...? *(El príncipe grita.)*... Al cerdo bocón?

EMISARIO.-...Si. Bien, eso es todo. ¿Tiene alguna pregunta antes de que le deje al muchacho?

MAXIMILIANO.- Si... ¿Está usando una jaula en la cabeza?

EMISARIO.- ¿A que se refiere?

MAXIMILIANO.- A que pareciera tener una jaula en su cabeza.

EMISARIO.- Oh, esta jaula. Es usted muy observador. Si, estoy usando una jaula.

MAXIMILIANO.- ¿Y para que?

EMISARIO.- No permite que los deseos de su majestad salgan de mi cabeza e impide que nuevas ideas entren.

MAXIMILIANO.- Esa es una idea estúpida. Debería quitarse esa jaula.

EMISARIO.- No lo creo.

MAXIMILIANO.- Quitársela y tirarla.

EMISARIO.- No lo creo.

MAXIMILIANO.- Tírala lejos.

EMISARIO.- No.

MAXIMILIANO.- ¡Caramba! Funciona.

EMISARIO.- ¿Lo ve? Adiós. *(Sale.)*

MAXIMILIANO.- Muy bien, muchacho, debemos apurarnos porque solo tenemos una semana antes de su casamiento. *(Se disponen al trabajar, y repentinamente están en el casamiento. En un salón muy grande e iluminado por arañas. El espacio está lleno de gente que come y bebe; al final de una gran alfombra se encuentran el rey y la reina. El emisario se acerca a Maximiliano.)*

EMISARIO.- Parece que ha salvado la vida del muchacho.

MAXIMILIANO.- ¡No! No tuve tiempo de hacer nada.

EMISARIO.- Tuvo una semana.

MAXIMILIANO.- Pero no sé que pasó. No pude empezar el tratamiento y ya estamos en la boda. Parece una pesadilla.

EMISARIO.- Debe serlo. Está desnudo.

¡¿Que?!

EMISARIO.- Bromeo. Parece que tiene un problema. Después del vals van a pedirle al príncipe que diga unas palabras.

MAXIMILIANO.- Tiene que ayudarme. Ya descubrí cual es el problema del muchacho, pero necesito tiempo.

EMISARIO.- No lo tiene, ya empezaron a bailar el vals.

MAXIMILIANO.- ¡Ayúdeme, por favor!

EMISARIO.- La gente nos está mirando, disimule.

MAXIMILIANO.- No se preocupe. *(Lo toma y empiezan a bailar.)*

EMISARIO.- Una idea soberbia, ahora nadie va a notarnos. ¿Es posible que lo hayamos confundido con otro Maximiliano el conocedor?

MAXIMILIANO.- El problema del muchacho es muy sencillo. Las palabras que tiene en el cuerpo son todas las que su padre no le permitía decir de niño.

EMISARIO.- ¿Ya descubrió la cura?

MAXIMILIANO.- Solo tiene que animarse a decir esas palabras.

EMISARIO.- ¿Y cual es el problema?

MAXIMILIANO.- Que son malas palabras, están prohibidas. Necesito hablar con el rey.

EMISARIO.- Si habla con él, va a ordenar que le corten la lengua y suspendan por completo su proyecto de las palabras.

MAXIMILIANO.- ¿Por qué?

EMISARIO.- Porque cortar la lengua es lo último en torturas...

MAXIMILIANO.- ¿Por qué van a suspender mi proyecto?

EMISARIO.- Porque la situación de su hijo es la misma del reino. Y su majestad no va a querer gobernar a un pueblo tatuado de malas palabras.

MAXIMILIANO.- Pero es el trabajo de toda mi vida. Funciona, puede prevenir las guerras.

EMISARIO.- Lo lamento.

MAXIMILIANO.- Hable usted con el rey, dígame que necesito mas tiempo.

EMISARIO.- En ese caso, el rey ordenará que me envíen al monstruo que come las piernas y a usted a que le corten la lengua.

MAXIMILIANO.- ¿Por qué?

EMISARIO.- Porque es lo último en torturas...

MAXIMILIANO.- ¿Por qué va a hacer eso?

EMISARIO.- Por ser ineficientes.

MAXIMILIANO.- ¿Qué podemos hacer, entonces?

EMISARIO.- ¿Podemos? No me involucre en sus problemas. Yo me limito a cumplir órdenes, y no las suyas precisamente.

MAXIMILIANO.- Si es necesario voy a matar al muchacho para proteger mi trabajo. La vida de uno bien vale la posibilidad de detener la violencia y prevenir las guerras. Aquí mismo tengo unos venenos... *(El príncipe le toca el hombro.)* Perdón su majestad... lo que dije no... *(El príncipe toma al emisario y empieza a bailar con él.)*

EMISARIO.- *(Claramente molesto por la situación.)* Voy a ayudarlo solo por esta vez *(Se suelta del príncipe.)* Lo más conveniente es que todo siga su curso natural. Ya verá que todo sale bien y usted va a conseguir lo que quiere sin necesidad de matar a alguien. Confíe en mi.

MAXIMILIANO.- No creo que... *(El vals se detiene y el emisario lo chista. El salón queda en silencio, se escucha algún carraspeo, todos miran al príncipe. Este se sube a un pequeño estrado, se aclara la garganta y dice:)*

PRINCIPE.- Su majestad Alfonso primero, rey de Francia con sus colonias, y padre mío, Su majestad Antonieta de Aragón, reina y madre mía, sus majestades holandesas...

MAXIMILIANO.- Es un milagro.

PRINCIPE.- ... su santidad, obispos, duques, marqueses, funcionarios, damas y caballeros de la corte: ..Mierda. *(La gente se escandaliza, se escuchan murmullos.)*

MAXIMILIANO.- ¿Dijo lo que creo que dijo? ¿Que va a pasar ahora?

EMISARIO.- El rey va a ordenar que lo entreguen al monstruo que come piernas y que suspendan su proyecto. Y respecto al muchacho, gracias a la intervención de su madre ningún monstruo le comerá las piernas, sino que será desterrado a una isla donde será... bastante feliz. Ahora, si me permite, el rey está a punto de ordenar que lo detenga. *(Agarra a Maximiliano.)*

MAXIMILIANO.- ¿Me engañó para proteger al muchacho?

EMISARIO.- Y tener la satisfacción de ver al rey humillado al menos una vez, si.

MAXIMILIANO.- Pero esa es una idea nueva, nadie se lo ordenó. ¿Que pasó con su jaula?

EMISARIO.- No lo sé, esta maldita cosa debe tener una filtración.

MAXIMILIANO.- *(Mientras se lo lleva.)* ¡Pudimos prevenir una guerra! ¡Maldito estúpido!, imbécil, idiota, si... *(todo queda a oscuras, la voz de Maximiliano empieza transformarse en la del Padre)*... soy un idiota, soy un imbécil. ¿Cómo lo puedo haber perdido?, ¿donde carajo estará ese maldito paraguas? La... *(La luz se enciende y se ve al padre en la habitación del hijo revolviendo cosas.)* Perdoname, nene, que te despierte a esta hora. Estoy buscando el paraguas.

MADRE.- *(Entra con el paraguas en la mano.)* ¿Que hacés acá? ¿Te olvidas de que el nene está durmiendo?

PADRE.- No, lo que pasa es que después de todo lo que me dijiste necesito salir a caminar un rato. Dame el paraguas.

MADRE.- Yo soy la que necesita salir. Si vos querés, salí por tu cuenta y mojate. Chau.

PADRE.- Te olvidas del nene.

MADRE.- ¿Que nene?... Por supuesto que sé que me hablas de este nene. ¿Que pasa con el nene?

PADRE.- No se puede quedar solo. Dame el paraguas que me voy yo.

MADRE.- ¿Lo querés? Tomá el paraguas. *(Lo golpea con el paraguas.)*

PADRE.- ¡¿Que hacés?! No seas infantil. ¡Dame el paraguas!

MADRE.- Tomá el paraguas. *(Lo golpea con el paraguas de nuevo.)*

PADRE.- ¿Pero que carajo tenés en la cabeza? Dame el maldito paraguas.

MADRE.- Toma el maldito paraguas. *(Lo golpea otra vez.)*

PADRE.- ¡Me tenés harto! *(Se dispone a golpearla.)*

MADRE.- ¡Cuidado con lo que estás por hacer delante de tu hijo!

PADRE.- ¡Mirá, Marta! ¡Tengo serias dudas de que sea mi hijo!

MADRE.- ¡¿Te olvidas de que el nene está enfrente tuyo?!

PADRE.- *(Al nene.)* No estoy hablando de vos, mi amor... estoy hablando de otro hijo, que vos no conocés... No quiero decir que tenés un hermanito desconocido, sino que...quiero decir...Dormite, nene. *(A la madre.)* ¡Dame el paraguas! *(La imagen se va oscureciendo mientras el padre salta sobre la madre agarrándola del cuello y ésta responde golpeándolo con el paraguas. Transición a un pequeño claro de una jungla oscura donde se ve a un viejo ermitaño sentado sobre una roca, este personaje usa un gran paraguas que le cubre la cara. Frente a él está un capitán de barco y al lado de éste, muerto, se encuentra un marinero.)*

SABIO.- Nuestra existencia se rige por lo que he decidido llamar los círculos de la vida. La humanidad está destinada a repetir siempre los mismos patrones, en sus aciertos y en sus errores. En éste momento, la humanidad está encerrada en un círculo de errores, obligada a cometer las mismas equivocaciones una y otra vez. No importa lo que haga, el círculo la llevará otra vez al mismo punto. Por eso los he llamado los círculos de la vida, ¿comprende?

CAPITÁN.- Perfectamente... pero con un cuadrado sucede lo mismo. Como sea que lo recorra, vuelvo al mismo punto.

SABIO.- Lo sé, pero...

CAPITÁN.- Y en un triángulo sucede lo mismo.

SABIO.- Ese no es el punto...

CAPITÁN.- O un romboide, un dodecaedro, o en un octógono también...

SABIO.- ¡Lo sé! ¡Pero suena ridículo hablar de los octógonos de la vida! ¿Soy claro?

CAPITAN.- Si.

SABIO.- Lo que quiero decir es que por más que lo intente, volverá a cometer los mismos errores matando a toda su tripulación, equivocando su rumbo, terminando aquí de nuevo y fracasando otra vez.

CAPITÁN.- Tal vez no haya logrado mi objetivo, tal vez haya cometido algunos errores, tal vez mi tripulación haya muerto de formas terribles por mi culpa, pero ¿eso significa que mi misión fracasó? No lo creo, porque ahora mismo voy a volver a mi barco y esta vez voy a empezar con el pie derecho. *(Se dispone a salir)*

SABIO.- Es para el otro lado.

CAPITÁN.- *(Da media vuelta.)* Lo sé. *(Apagón, cuando las luces se prenden, en la proa de un barco del siglo XIX se ve al capitán oteando el horizonte con un catalejo, a su lado lo acompaña otro hombre de expresión muy severa. Por detrás se acerca, con evidente temor un marinero.)*

MARINERO.- Permiso para hablar, señor.

CAPITÁN.- ¿No está hablando ya?

MARINERO.- Pues... si.

CAPITÁN.- ¿Y yo ya le di el permiso?

MARINERO.-...No.

CAPITÁN.- Seis meses al calabozo para que aprenda a dirigirse a un superior. *(El hombre que está al lado del capitán toma al marinero del brazo y se lo lleva, cuando vuelve le hace un gesto afirmativo al capitán y se queda con él mirando el horizonte. Pasan unos segundos y el hombre sale y vuelve trayendo al marinero del brazo.)* Espero que estos seis meses en el calabozo le hayan servido para aprender algo de disciplina.

MARINERO.- Así es, señor, he aprendido.

CAPITÁN.- Bien. Ahora, ¿que quería decirme?

MARINERO.- Que hemos viajado durante cuatro días desviados treinta y cuatro grados hacia el este de nuestro curso.

CAPITÁN.- ¡Cuatro días! ¡Es una barbaridad! Eso nos aleja unas trescientas millas de nuestro destino. Es posible que no nos alcancen las provisiones para los días extra de viaje.

MARINERO.- Señor, eso quería decirle hace seis meses. Ahora hemos viajado durante cuatro días y seis meses con esa desviación.

CAPITÁN.- ¡¿Qué?!... No... esto es... ¡Seis meses al calabozo! *(El hombre que está al lado del capitán toma al marinero del brazo y se lo lleva, cuando vuelve le hace un gesto afirmativo al capitán y se queda junto a él. Luego de unos segundos va a buscar al marinero y lo trae frente al capitán.)* Puede hablar.

MARINERO.- ¿Me mandó a llamar, señor?

CAPITÁN.- Así es. Mientras usted haraganeaba en el calabozo, yo resolví el problema de la desviación y traje a todos a nuestro destino sanos y salvos, me llevó seis meses pero lo logré. Dígale a la tripulación que puede venir a felicitarme antes de bajar.

MARINERO.- Todos han muerto de hambre, señor.

CAPITÁN.- Caramba.

MARINERO.- Solo quedamos usted, yo y... él *(Señalando al hombre que está junto al capitán.)*

CAPITÁN.- A propósito, ¿quien es?

MARINERO.- No lo sé, señor. Yo pensé que era su segundo al mando.

CAPITÁN.- No. Yo pensé que era un polizón.

ALFÉREZ.- Soy el alférez Jhonsy. Desde niño sucede que la gente me olvida con facilidad, con mucha facilidad. Por eso en este barco nadie sabía quien soy, pero ahora que somos solo tres va a ser diferente.

CAPITÁN.- Por supuesto que si, muchacho. *(Ahora están en una jungla cerrada y oscura, el follaje de los árboles retorcidos que los rodean, apenas dejan pasar la luz.)* ...y deje de quejarse marinero, no estamos de vacaciones. Además no creo necesario recordarle la importancia de la expedición.

ALFÉREZ.- Hablando de eso, ¿alguno de ustedes podría explicarme de que se trata esta expedición?

CAPITÁN.- ¿Usted quien es?

ALFÉREZ.- El alférez Jhonsy, ¿recuerdan? El hombre al que todos olvidan con facilidad.

CAPITÁN.- ... No.

ALFÉREZ.- Estuve caminando con ustedes los últimos tres días.

MARINERO.- Humm...

ALFÉREZ.- Cargando todas sus cosas. Los rescaté de un nido de arañas, maté a un cocodrilo con mis dientes para protegerlos.

MARINERO.- .. No sé...

ALFÉREZ.- ¡Metí mi mano en el agua como carnada para que tengamos unas pirañas que comer!

CAPITÁN.- ¡Ah! Recuerdo las pirañas.

MARINERO.- Si, un poco secas.

CAPITÁN.- ¿Cual es su nombre, joven?

ALFÉREZ.- ¡Jhonsy!

CAPITÁN.- Por supuesto, el capitán Jhonsy.

ALFÉREZ.- ¡Alférez!

CAPITÁN.- ¿Y un alférez le grita a un capitán?

ALFÉREZ.- Lo lamento, señor. Solo quería saber el motivo de la expedición.

CAPITÁN.- Estamos en un mundo en guerra. ¿Sabe eso alférez Jhonsy?

ALFÉREZ.- Si señor. Yo perdí a mis padres en la guerra.

CAPITÁN.- ¿Y que fue lo que provocó esta guerra? ¿Intereses económicos? ¿Disputas territoriales?

ALFÉREZ.- No, señor.

CAPITÁN.- ¿La escasez de alimentos? ¿De agua?

ALFÉREZ.- No señor.

CAPITÁN.- ¿Por que está el mundo en guerra, alférez Jhonsy?

ALFÉREZ.- Por la escasez de paraguas.

CAPITÁN.- Exacto. Por algún motivo no hay suficientes paraguas para todos lo habitantes del planeta y los países se disputan los pocos existentes. He sido testigo de los mas terribles actos de violencia por la escasez de paraguas; pero yo he venido a darle fin a eso.

ALFÉREZ.- ¿Cómo, señor?

MARINERO.- (*Con cierta pompa.*) Estamos en busca del árbol de paraguas.

CAPITÁN.- ¡Yo iba a decir eso!

MARINERO.- Lo lamento, señor.

CAPITÁN.- (*En el mismo tono del marinero.*) Estamos en busca del árbol de paraguas.

ALFÉREZ.- ¿No es un mito?

MARINERO.- No, realmente existe. Lo creó un sabio ermitaño que vive en esta jungla.

CAPITÁN.- *(Al marinero.)* Debemos estar muy cerca. Según mis cálculos, caminando medio día en esa dirección tendríamos que llegar al ermitaño.

ALFÉREZ.- Eso es fantástico.

CAPITÁN.- ¿Usted quien es?... ¡¿Y por que tiene nuestras cosas?! ¡Marinero, mate a este ladrón!

ALFÉREZ.- ¡Esperen!

MARINERO.- ¡¿Escucharon eso?! Fue como un aleteo.

ALFÉREZ.- Pero no fue un aleteo normal, fue como...

CAPITÁN.- Me parece muy sospechoso. Apuremos el paso. *(Empiezan a caminar más rápido y Jhonsy se va quedando atrás.)*

ALFÉREZ.- Espérenme, espérenme. *(El marinero se detiene.)*

CAPITÁN.- No se detenga. No tenemos tiempo para ayudar a un desconocido.

ALFÉREZ.- Soy el alférez Jhonsy.

CAPITÁN.- ¿Usted recuerda a algún alférez de apellido Jhonsy?

MARINERO.- No.

CAPITÁN.- Entonces sigamos. *(Continúan marchando mientras Jhonsy se va quedando cada vez mas atrás. Se escucha un aleteo y una sombra pasa cerca de Jhonsy.)*

ALFÉREZ.- ¿Escucharon eso? Otra vez ese aleteo. Podría jurar que vi un paraguas que volaba... No me dejen... *(El marinero y el capitán siguen avanzando. Jhonsy, agotado se va perdiendo en un espacio del follaje denso y oscuro.)* ... No me olviden... por favor... ¡Ahí están!... ¡Son varios! ¡No! ¡Ahhh! *(Silencio.)*

CAPITÁN.- Tal vez tendríamos que haberlo ayudado, pobre muchacho. Ojalá tuviéramos otra oportunidad. *(Se disponen a continuar.)*

ALFÉREZ.- *(Desde atrás del follaje.)* Estoy bien, ayúdenme antes de que vuelvan.

CAPITÁN.- *(El marinero va a ayudarlo, pero el capitán lo detiene.)* No tenemos tiempo, debemos encontrar el árbol de paraguas y detener la guerra.

MARINERO.- Pero usted dijo...

ALFÉREZ.- ¡Ahhh!... ¡No! ¡Ahhh! *(Silencio.)*

CAPITÁN.- Ya es tarde de todos modos. No tuvimos oportunidad de salvarlo. Ojalá hubiera sido diferente. *(Se disponen a continuar.)*

ALFÉREZ.- Estoy bien. Algo lastimado pero bien.

MARINERO.- Señor...

CAPITÁN.- No podemos perder tiempo. Lo más probable es que no resista el viaje, debe estar muy herido.

ALFÉREZ.- No tanto.

MARINERO.- Señor...

ALFÉREZ.- ¡Ahí están de nuevo!... ¡Son cientos! ¡No! ¡Ahhh! (*Silencio.*)

CAPITÁN.- Al menos tuvo la intención de ayudarlo. Ya no hay nada que podamos hacer. Vamos.

ALFÉREZ.- Estoy bien...

CAPITÁN.- ¡Por todos los diablos! (*Saca el revolver y dispara varias veces hacia donde está Jhonsy.*)

MARINERO.- ¡Señor!

CAPITÁN.- Shhh...

ALFÉREZ.- (*En un hilo de voz.*) Estoy... (*El capitán dispara de nuevo.*)

MARINERO.- (*Una sombra pasa cerca de ellos.*) Señor, ¿vio eso ? Acaba de pasar un paraguas volando.

CAPITÁN.- Está delirando. Camine marinero.

MARINERO.- Señor, escucho tambores.

CAPITÁN.- Silencio. Escucho tambores.

MARINERO.- Parecen tambores de guerra.

CAPITÁN.- Hum, parecen tambores de guerra.

MARINERO.- No deberíamos quedarnos aquí parados, deberíamos escondernos.

CAPITÁN.- ¡No se quede ahí parado! Debemos escondernos... Los tambores me suenan familiares pero no logro identificarlos. ¡Por todos los diablos, aporte algo marinero!

MARINERO.- Pero yo...

CAPITÁN.- Olvídelo. Un momento, ya los reconozco...

MARINERO.- ¿Y entiende lo que dicen?

CAPITÁN.- Claro. (*Escucha con atención*) No hay de que preocuparse, solo se están pasando una receta. Aceite de palma, tres puñados de nueces, seis batatas, dos hombres blancos, sal y pimienta a gusto.

MARINERO.- Señor, son caníbales.

CAPITÁN.- Y no muy buenos, déjeme decirle. Con dos hombres blancos y un poco de especias yo puedo hacer maravillas.

MARINERO.- Señor, la receta es para ahora.

CAPITÁN.- Les deseo mucha suerte. No se adonde van a conseguir dos hombres blancos en esta jungla... ¡Diablos! Usted es un hombre blanco ¡Huya!

MARINERO.- Usted también.

CAPITÁN.- ¡Diablos!

MARINERO.- Tal vez no se refieren a nosotros. ¿Que dicen los tambores?

CAPITÁN.- (*Escucha.*) Dicen: "Si, nos referimos a ustedes". No se deje intimidar marinero, continuemos la marcha.

MARINERO.- Probablemente sean pigmeos.

CAPITÁN.- (*Se detiene.*) ¿Que dice?

MARINERO.- Que probablemente sean pigmeos, esta parte del continente está llena de ellos... ¿Se siente bien, señor?

CAPITAN.- Si... Debo confesarle que padezco de fobia a los pigmeos.

MARINERO.- ¿Fobia a los pigmeos?

CAPITAN.- Si, esos hombrecitos tan pequeños. Sus pequeñas casitas con sus pequeñas mesitas y sillitas; comiendo su pequeño almuercito en sus pequeños platitos con sus pequeños cubiertitos...

MARINERO.- Aterrador.

CAPITAN.- He oído que pueden meterse por las orejas de un hombre y devorar su cerebro antes de que pueda reaccionar.

MARINERO.- Señor, no creo que sean tan pequeños.

CAPITAN.- Lo son, estos lo son.

MARINERO.- ¿Usted ha visto a alguno?

CAPITAN.- No, y esa es la prueba irrefutable de que existen. Son tan pequeños que nunca han sido vistos. ¿Escucha eso, marinero?

MARINERO.- No escucho nada.

CAPITÁN.- ¡Exacto! Ese es el primer indicio de que se acercan, cuando se mueven no hacen ruido.

MARINERO.- Por favor, señor, cálmese.

CAPITAN.- Voy a estar calmado cuando se detengan esos tambores.

MARINERO.- Se detuvieron hace cinco minutos.

CAPITÁN.- Lo sé... por supuesto que lo sé. Tal vez ya se metieron en mi cabeza y están tocando sus pequeños tamborcitos ahí dentro. ¿Podría asomarse a mi oreja y decirme si ve algo?

MARINERO.- Nada, señor.

CAPITÁN.- ¿Está seguro? Fíjese bien.

MARINERO.- No veo nada extraño, señor.

CAPITÁN.- Hágame un favor (*Le da el arma.*) ¿Podría hacer un par de disparos ahí dentro? Por si acaso.

MARINERO.- Señor, no.

CAPITÁN.- Tiene razón, no podemos desperdiciar balas si estamos rodeados por pigmeos. (*Hace un disparo*) ¡Le di a uno!

MARINERO.- Señor, es una piedra.

CAPITÁN.- Tiene razón.

MARINERO.- Por favor, deme el arma...

CAPITÁN.- (*Dispara de nuevo.*) ¡Esta vez sí!

MARINERO.- Señor, es la misma piedra. El arma.

CAPITÁN.- (*Dispara otra vez.*) ¡En medio de los ojos!

MARINERO.- ¡Es la tercera vez que le dispara a la misma roca! Se la voy a mostrar de cerca para que vea que no es un pigmeo. (*El marinero levanta la piedra.*)

CAPITÁN.- ¡Cuidado! Tiene un pigmeo trepado a su mano. (*Dispara.*)

HERMITAÑO.- (*Aparece sentado sobre una roca, tapado con su paraguas.*) ¿Que está haciendo?

CAPITÁN.- Salvando la vida de mi amigo. (*El marinero se desploma muerto.*) Estaba haciéndolo bien hasta que me distrajo.

HERMITAÑO.- ¿Otra vez su fobia a los pigmeos?

CAPITAN.- ¡No diga nada!, esta vez voy a hacerlo bien. (*Se dispone a salir.*)

HERMITAÑO.- Es para el otro lado.

CAPITÁN.- ¡Lo sé!